

Seguimos juntos

Por Armando Boudet Gómez

Aquí estoy Fidel, solo que casi 58 años después y no en el mismo lugar ni en la misma fecha, para verte pasar otra vez cabalgando el tanque norteamericano que arrebataste al tirano, y desde su torreta, con la aurora del vencedor, sentirte partir ahora hacia la inmortalidad de la gloria, en un viaje en el que físicamente no tendrás regreso, para dejarnos este dolor callado y silencioso, amargo y lacerante.

A los miles —decenas de miles me parecieran a mí— que colmaron ahora las calles en esta ciudad, al tránsito hacia tu última morada en Santiago de Cuba, les recordaste aquel 4 de enero de 1959 cuando llegaste, en una mañana triunfal, descabezada la dictadura pro imperialista a los pies del Ejército Rebelde, y nos regalaste, con tu traje de

guerrillero aún con olor serrano, el saludo y el abrazo del líder revolucionario que todos aclamaban.

De tu discurso en la Plaza de la Libertad, de las muchas cosas que dijiste, de lo que para el futuro vislumbraste advirtiéndote que no eran promesas de políticos, disfruté tu declaración de “abogado del pueblo”, aludiendo a tu profesión, para defenderlo de las injusticias, dijiste, del robo, de los crímenes y los atropellos que contra él pudieran cometerse.

Adelantaste que después de haber conquistado la Revolución el pueblo seguiría ganando batallas, y ni una sola hemos perdido contigo al frente en estos 58 años que ya van de enfrentar la hostilidad del agresor imperialista, que aún no cesa de bloquearnos económica, financiera y políticamente.

A las simpatías que esa misma noche confesaste sentir por Camagüey, creemos

haberte correspondido con creces, porque como nos pediste en ocasión de conmemorar aquí el centenario de la muerte de otro grande de nuestra historia, el general mambí Ignacio Agramonte Loynaz, hemos sembrado nuestras llanuras de escuelas, fábricas, hospitales, y levantado cuanta obra humana ha sido posible para bienestar del pueblo.

Simbólicamente, en este cruce hacia tus raíces por la senda de la victoria, para encontrarte con el apóstol José Martí en el mausoleo póstumo de Santa Ifigenia, pernoctaste en vigilia camagüeyana junto a nuestro héroe Agramonte, para fundir la gesta libertaria de las guerras de independencia contra el colonialista español con la que tú lideraste durante buena parte del siglo XX y lo que va del XXI, contra el imperialismo norteamericano y la que seguirás liderando ahora con tus ideas, mientras exista la humanidad.

Privilegiados de Fidel

Por Enrique Atiénzar Rivero

Haber conocido a Fidel, vivir en la contemporaneidad de sus actos, saber de su entrega por los pobres, de su empeño en rehusarse a todo lo que oliera a riquezas, darle la mano o escucharlo en lo íntimo con una voz que parecía apagarse, fueron privilegios de muchos.

La infausta noticia resultó inimaginable para quienes estuvimos en Birán, en su querido Birán, el 4 de noviembre último. Solo veintidós días después de estar junto a él en el pensamiento, de caminar tras las huellas de Lina y Ángel, quienes forjaron sus ansias de rebeldía, aquella “bomba” irrumpió en nuestros corazones.

Privilegiados fuimos aquellos que, con apenas 12 o menos años cumplidos, lo vimos avanzar por las calles camagüeyanas el 4 de enero de 1959, encima de un tanque, rodeado de los barbudos rebeldes, bajo la clarinada de la libertad.

Privilegiadas las multitudes que lo vieron crecerse frente a las dificultades, “desafiar poderosas fuerzas dominantes dentro y fuera del ámbito social y nacional”, o promover la radicalización de las estructuras del poder burgués por un poder real de masas.

Fidel trajo felicidad a las familias desamparadas, carentes de un techo donde guarecerse, de una salud pública y escuelas gratuitas; fomentó las fuentes de empleo; avivó el concepto de soberanía e independencia nacional; y modeló una filosofía de resistencia que nos hace fuertes e invencibles.

Los agramontinos tuvimos el privilegio de comprobar sus premoniciones, fraguadas quizás antes, pero dichas primero aquí, de que Cuba se convertiría en una potencia médica mundial o de que si un día amanecíamos sin el campo socialista seguiríamos siendo bastión de resistencia y alternativa, o de escucharle dibujar con firmes palabras el concepto de la ciencia del ejemplo.

Una vez le dije a Ramón, el hermano mayor, que me podía morir tranquilo, porque tuve —y no es patrimonio mío, sino de muchos colegas— la oportunidad de conocerlo y compartir en múltiples coberturas periodísticas con Fidel, y con Raúl, quien veneró siempre al gigante rebelde.

No fue un placer particular, muchos cubanos y ciudadanos de todo el mundo dan fe de su sonrisa picaresca, mirada electrizante, verbo amigable, consejo oportuno y el sentido común de siempre decir la verdad, a riesgo de la vida.

Son atributos de Fidel fundidos en el pueblo en días de tristeza y llanto, de cantos e himnos que sedimentan el camino, signado por su firmeza antiimperialista y el símbolo imperecedero de la solidaridad humana que se esparce e imanta el universo.

Un día después del luto

Por Rogelio Serrano Pérez

Le falta aún música a nuestras calles. Después de la tormenta no vino la calma. La tormenta es tormento de pueblo, que no latina todavía al jolgorio cotidiano. No se nos puede culpar a los cubanos por estos días a estar menos bullangueros. Fidel ha alejado su barba de nuestras manos, su mirada de nuestros ojos, sus botas de nuestras calles y guardarrayas.

Ha pasado el cortejo fúnebre por toda Cuba tumbando más lágrimas que un ciclón. Los hombres apretamos la mandíbula para contener los párpados; las mujeres lloraron viriles y hondas; los niños asombraron con preguntas tan duras como ingenuas, con frases tan profundas, con cariños tan bellos; los ancianos tienen un apagón de pupilas.

Doliste, Fidel. Dueles. Fuiste tal gozo para tantos que tu ida dejó a muchos con regresos fáciles a la tristeza. ¡Qué pesadas pusiste las horas!

Pero de la pena la gente sacó vigor. Hay más convicción desde el paso fugaz de aquella caja de cedro. ¡Qué contraste, Fidel, que tanta grandeza cupiera en una cajita! Y es que a los tocados como tú por el talento y el coraje la muerte no les es desafío para seguir enseñando. Todos repasamos contigo a Martí. Todos sentimos observando el UAZ que “toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz”.

Y no habrán parques con tu nombre, ni calles, ni estatuas... Cuando se cala hondo en el pecho de un pueblo no hacen falta oropeles para recordar la savia y seguir lo sabio.

Los hombres cerraremos la mandíbula para enfrentar las trompadas que guarde el futuro; las mujeres seguirán viriles y hondas capaces de llorar sin miedo y sin penas, capaces de cantar una patria nueva; los niños que nos asombraron tendrán frases más vehementes y querrán más y mejor gracias a ti; los ancianos se nos habrán ido, pero sus pupilas apagadas nos seguirán alumbrando el camino, como lo hiciste tú.

Pasó la caravana. Pasó Fidel. Pasó el luto. Dentro de unos días mi vecino volverá a poner el mariachi cada fin de semana y los bicitaxis atormentarán las calles, por ahora la gente sigue sin música. Porque no pasa el convoy que te sigue, no pasa la alegría que es tu Revolución, no pasas Fidel, te quedas.

Los símbolos son inmortales

Por Dr. Carlos Manuel Villabella Armengol
(Profesor camagüeyano que labora en la Universidad de Puebla)

Desde México

Me disponía a dormir. Eran las 11:55 del 25 de noviembre. El alerta del *WhatsApp* me anunció que entraba un mensaje. Una entrañable amiga mexicana me preguntaba si era cierto que Fidel había muerto. No lo creo, no sé, le dije, indagaré... Lo habían matado muchas veces desde hacía años. Decían, incluso, que la noticia se ocultaba por temor a una sublevación y que las fotos que se difundían eran de un doble suyo. Investigué. Los medios que transmitían a esa hora divulgaban la noticia.

El acontecimiento provocó recuentos, análisis y vaticinios. Destapó pasiones. Académicos y analistas escrutaron el proceso político cubano, casi siempre con falta de objetividad. Intelectualoides y politiquillos se sintieron obligados a escribir de Cuba, generalmente mal. En estos días escuché mentiras sobre mi Patria, tergiversaciones históricas, comentarios malsanos sobre el Líder de la Revolución. ¡Qué lamentable!

También se hizo sentir la emigración en Miami. Cubanos que no fueron perjudicados en sus riquezas por las medidas adoptadas en la década del sesenta ni “perseguidos” por sus ideas políticas, cubanos que nacieron con la Revolución, como yo, que vivieron sus mejores momentos y se educaron en sus aulas, celebraron, blasfemaron y desearon el apocalipsis para el país que los vio nacer y donde reside parte de su familia. ¡Qué ignominia!

¿De dónde sale tal odio? Seguramente del mismo lugar que genera el amor y el agradecimiento que me han manifestado amigos de diferentes partes del mundo.

Fidel Castro ha muerto. Creo que vislumbró su partida, con sencillez: “Y cuando llegue el día del último viaje, y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, me encontraréis a bordo ligero de equipaje, casi desnudo, como los hijos de la mar”. (Antonio Machado).

¿Fidel Castro ha muerto? “Los símbolos son inmortales, deambulan, renacen, centellean: ¡Ah, no penséis que su voz es un suspiro! Que tiene manos de sombra, y que es su mirada lenta gota lunar temblando de frío sobre una rosa. Su voz abre la piedra, y sus manos parten el hierro. Sus ojos llegan ardiendo a los bosques nocturnos; los negros bosques. Tocadle: Veréis que os quema. Dadle la mano: Veréis su mano abierta en que cabe Cuba como un encendido tomequín de alas seguras en la tormenta. Miradlo: Veréis que su luz os ciega. Pero seguidlo en la noche: ¡Oh, por qué claros caminos su luz en la noche os lleva!”. (Nicolás Guillén).